

PRESENTACIÓN

*Sandra Yesenia Pinzón Castro*¹

Las universidades son por excelencia formadoras, depositarias y divulgadoras del conocimiento que genera la humanidad. De ahí que todas conciben como parte de sus compromisos establecer espacios y condiciones para la investigación y la experimentación, la discusión de ideas, la adquisición y el resguardo de la obra tanto de sus colaboradores como de académicos, artistas y pensadores de otras latitudes, y, finalmente, la transmisión de todo ese universo de saberes más allá de los confines físicos de sus campus.

En mayor o menor medida y cada una adaptándose a sus posibilidades económicas, las casas de estudio han encontrado con cierta facilidad las vías para cumplir con sus funciones de investigación y docencia: como lo mostraron los griegos –padres de la cultura occidental– incluso un patio, un jardín o una mesa donde se comparten alimentos pueden funcionar como espacios para generar y transmitir saberes desde la introspección, la reflexión conjunta y el diálogo.

¹ Rectora de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Contrario a lo anterior, históricamente a estas instituciones les ha costado mucho más trabajo cumplir a cabalidad con el tema de la vinculación; es decir, traspasar los metafóricos muros de sus claustros y llevar el fruto del saber y sus aplicaciones al mayor número de personas posible. Al principio (empecemos a contar desde finales del siglo XI, cuando se establece en Bolonia el concepto de universidad que pervive en nuestra época), esto pudo deberse parcialmente a la falta de herramientas óptimas de transporte y comunicación masiva, así como a la odisea que suponía el trabajo de copiar cada libro a mano y lo costosísimo que resultaba ya no digamos producir ejemplares en serie, sino siquiera tener una biblioteca universitaria decente.

Si bien siglos después la llegada y la paulatina popularización de la imprenta aliviaron gran parte de los problemas arriba mencionados, los costos de producción y distribución de documentos a gran escala (principalmente libros y publicaciones periódicas) continuaron presentándose como un reto para las instituciones de estudios superiores, cuyos presupuestos siempre han sido limitados y deben repartirse entre una gran cantidad de programas y proyectos. Es plausible suponer que, al menos en parte, el surgimiento, profesionalización y consolidación de las editoriales universitarias se derivó de la necesidad de sacar el mejor provecho a los recursos disponibles, seleccionando, dictaminando, editando, imprimiendo y distribuyendo los trabajos de mayor valor científico o académico.

Con todo, hasta antes de la era digital, la distribución continuaba representando un serio problema, quizás por la especialización de los contenidos publicados y por las consecuentes complicaciones de ubicarlos en estanterías y aparadores de las librerías. Paradójicamente, la reciente aparición y democratización de la Internet, a la par que redujo a su mínima expresión estas dificultades,² generó otras nuevas quizás de la misma importancia; por ejemplo, la facilidad con la que cualquier persona, colectivo, empresa o institución puede subir a la red contenidos

2 Al ser en gran medida autogenerada, no tomamos en cuenta aquí la grave problemática de las revistas de áreas especializadas que, con cuestionables prácticas mercantiles, están dificultando seriamente el acceso abierto a la ciencia.

digitales ha provocado una sobresaturación de documentos disponibles, así como una pérdida absoluta de lo que podríamos denominar “control de calidad” y sentido crítico de lectura; esto se aprecia tanto en la notable falta de filtros, controles y rigores de calidad informativa para la publicación y difusión de contenidos, como en la creciente inclinación de la ciudadanía por creer y compartir información, datos y noticias sesgadas, engañosas o evidentemente falsas.

Dentro de este panorama, las universidades han dejado atrás los problemas de disponibilidad y difusión³ sólo para enfrentarse con el inédito reto de competir por la visibilidad y las preferencias de los internautas.⁴ Con todo, este novedoso contexto les ha permitido confirmar la necesidad de su existencia como bastiones del pensamiento crítico, el rigor académico y la generación de conocimientos validados. En este tenor, tanto las universidades están llamadas a ser las principales líneas de defensa y promoción de la pluralidad de ideas y propuestas, la descentralización, la reivindicación de la actividad científica, la libertad de expresión, y la búsqueda de la verdad y de una fraternidad muy distinta a aquella donde las muestras de humanismo se supeditan a la pertenencia a una tribu, un sector poblacional o un colectivo ideológico o político. Son, así, reductos contra las radicalizaciones, la ignorancia, la manipulación, la intolerancia y las actitudes inquisitoriales.

Para lograr este desafiante cometido, las casas de estudios requieren contar, entre otras cosas, con sistemas de publicación o, de preferencia, con departamentos editoriales bien estructurados, profesionales, comprometidos y vigorosos; departamentos editoriales –me atrevo a decir– como el que hoy día es parte fundamental de nuestra benemérita institución.

3 Un artículo o un libro en la web puede estar siempre disponible para su descarga y teóricamente puede ser ubicado y adquirido desde cualquier parte del mundo en fracciones de segundo.

4 Y también, hay que decirlo, de los todavía numerosos lectores de contenidos impresos.

Veinticinco años después de que nuestra casa de estudios se comprometiera –ya concibiéndose como universidad– con los valores arriba mencionados, tuvo a bien reorganizar parte de su estructura para solventar una de sus principales fallas: la falta de una casa editorial propia, profesional y especializada exclusivamente en la extenuante y delicada labor de generar y dar a conocer libros de valor intrínseco por su aportación a las ciencias, las artes y la cultura.

A partir de ese momento –ubicado en 1998 porque fue entonces cuando se nombró a la primera jefa del flamante Departamento Editorial de la UAA– nuestra institución comenzó una nueva página en su historia. Una página que durante este cuarto de siglo ha estado tachonada de éxitos, reconocimientos, proyectos maravillosos y muchas alegrías. Lo confirman los más de 800 libros publicados, la firme inserción en el campo de las publicaciones digitales y la sólida presencia en redes de librerías y editoriales con presencia internacional, así como en numerosas ferias del libro dentro y fuera del país; todo esto sin mencionar los convenios y las coediciones realizadas con otras editoriales y redes académicas, así como los pinitos que se han estado haciendo desde la necesaria consigna de la inclusión, publicando algunos audiolibros y libros en Braille.

En ocasión de “las bodas de plata” de nuestra Editorial, hemos tenido a bien ofrecer a la sociedad este libro en donde se recopilan las felicitaciones, memorias y reflexiones de 25 colegas que han tenido una importante participación y/o una entrañable relación con esta columna de nuestra Universidad. Reitero que –como podrán corroborarlo al adentrarse en sus páginas– este libro es algo más que un desfile de palabras de reconocimiento: es la concurrencia de una diversidad de voces y de ideas que toman este espacio para hablarnos sobre el arduo trabajo y las funciones de las editoriales académicas, sobre la historia general de la escritura y las editoriales y, por supuesto, sobre las circunstancias en que se fundó nuestro Departamento Editorial, su relación con él y algunos de los éxitos conjuntos cosechados desde entonces.

Antes de dar paso a los textos que conforman esta pequeña obra conmemorativa, deseo felicitar y agradecer a cada una de las personas que han sido parte de estos veinticinco años de historia y desearles otros veinticinco, cincuenta o cien años más, donde se rebose el mismo amor por la palabra, por el conocimiento y por los libros, así como se ha manifestado hasta ahora en cada una de las publicaciones de esta casa editorial. ¡Enhorabuena!

Se Lumen Proferre

